

Roncero López, V., *De bufones y pícaros: la risa en la novela picaresca*, Pamplona / Madrid / Frankfurt am Main, Universidad de Navarra / Iberoamericana / Vervuert, 2010, 328 pp. (ISBN: 978-84-8489-516-9)

Nos encontramos ante un magnífico libro cuya idea esencial es la de que el humor bufonesco unifica y caracteriza el género de la novela picaresca. Este humor es el que nos encontramos en la primera novela del género *El Lazarillo Tormes* y después irá evolucionando hasta llegar a la simbiosis del bufón-pícaro en el *Estebanillo González*, último ejemplar del género. Roncero defiende que la risa de este género picaresco no es eutrapélica sino que es agresiva y humillante, destinada a la exclusión de seres marginales. Aunque el libro trate más bien de la evolución del género picaresco, creo que es importante reseñarlo en las páginas de esta revista dedicada a la investigación de la figura y la obra de don Francisco de Quevedo, por la importancia que tiene el *Buscón*. Este trabajo nos permite entender los recursos humorísticos utilizados por Quevedo en su novela picaresca dentro de un contexto evolutivo que Roncero estudia a la perfección.

Como se puede apreciar en el «Índice» del libro, Roncero estructura muy bien el desarrollo de este: en un primer capítulo, «Antecedentes de la risa picaresca: la risa popular y el bufón» (19-54) plantea los diferentes tipos de risa que podemos encontrar. A partir de ahí y con las premisas obtenidas en este apartado, analizará el autor evolutivamente el resto de obras en diferentes secciones: el *Lazarillo de Tormes*, *El Guzmán de Alfarache*, *La pícara Justina*, *El Buscón* y *Estebanillo González*.

En el primer capítulo, Victoriano Roncero delimita con precisión dos tipos de risa: la aristocrática o eutrapélica y la plebeya. La primera, la llamada risa eutrapélica, ya aparece definida por Aristóteles como un tipo de risa educada: un exceso atemperado por la educación que expone las faltas del cuerpo y de la mente sin dolor y sin buscar la destrucción de la persona o cosa ridícula. Este tipo de risa es la defendida por Cicerón o Quintiliano y por los humanistas del Renacimiento. Por ejemplo, Castiglione en *El Cortesano* defiende la risa moderada, la risa aristocrática. En España, los tratados poéticos recogen con precisión esta línea teórica porque siguen las mismas teorías que los humanistas italianos sobre la risa eutrapélica. Y en este aspecto, es muy importante el papel que juega la Iglesia en relación con el humor. Para la Iglesia, la risa es la gran aliada del mundo y por lo tanto se manifiesta a favor de este primer tipo de risa aristocrática. Para algunos Padres de la Iglesia la risa precede a la fornicación por lo que es un humor inaceptable y además en numerosos textos aparece la risa y la burla asociada al pecador: es la burla de las autoridades judías en la crucifixión o la burla de los paganos ante el sufrimiento de los primeros mártires cristianos, aunque también se encuentran ejemplos en los que los santos se burlan de sus torturadores, como es el caso de san Lorenzo. En todos estos ejemplos

ya nos encontramos que con otro tipo de risa diferente que ataca al contrario, lo ridiculiza y lo sitúa como inferior.

Este segundo tipo de risa es la llamada plebeya, carnavalesca y bufonesca que se caracteriza por su carácter humillante y su capacidad destructiva. Esta es la risa que van a emplear muchos creadores literarios. Es la risa que encontramos en la comedia, caracterizada por la carcajada hiriente y humillante y que corresponde al humor carnavalesco que estudió Bajtin. El autor se remonta a la Grecia antigua para demostrar que esa risa popular se enclaustraba en determinados marcos festivos como eran las fiestas leneas o dionisiacas en las que se empleaba el humor de la escatología y la obscenidad y que aparece, por cierto, también en el humor desarrollado por Aristófanes. Pero es en Roma cuando aparece otra clave importante en la asociación de la risa a la política: aquí el humor se utilizará como arma política, instrumento de agresión del adversario con el que nos reímos de sus ideas, su apariencia o sus defectos para ridiculizarlo. Este tipo de humor agresivo se intenta controlar encauzándolo en determinadas celebraciones como es el carnaval, cuyas funciones sociales son claras: es una oposición a la vida ordinaria, una forma de escape de la dura realidad y subversión amenazadora del sistema social imperante. En este aspecto Roncero sigue a Bajtin con matizaciones ya realizadas por Gurevich y Cesáreo Bandera.

Este humor está también representado por una figura clave en este estudio: la del bufón que se caracteriza por dos rasgos: la familiaridad y la burla y Roncero hace un estudio preciso de la evolución de este personaje desde Grecia y Roma hasta la España medieval, destacando el papel que tiene en el siglo xv en lo que Márquez Villanueva ha denominado como el «poeta bufón». Durante el siglo xvi esta figura experimenta un progresivo refinamiento dándose además un elemento interesante: la unión de la crítica y la verdad con el bufón: esta figura ridícula será la única que se atreva a denunciar ciertas verdades incómodas ante el poderoso, convirtiéndose en un consejero real, en alguien en quien el poderoso confía y al que pide consejo, como bien explica Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura*.

El siglo xvi es el siglo de la bufonería en España y los ejemplos históricos que encontramos permiten hacer un estudio de sus características: su naturaleza eminentemente cortesana, ya que practican un humor destinado a la diversión del poderoso o del público de la corte; su poder, porque son capaces (con la protección real o del poderoso) de humillar con sus gracias a todos los demás criados y nobles de la corte y además consiguen beneficios y prebendas de sus señores; su origen manchado o judaizante; su cobardía, que el bufón enarbola como un mérito y que contrasta con la escala de valores propios de la nobleza.

A partir de este punto, el autor se dedica a estudiar una selección de novelas picarescas desde el *Lazarillo de Tormes* hasta la aparición del *Estebanillo González* en las imprentas de Amberes de 1646. Es una evolución completa en la que se analizan exhaustivamente los rasgos de

cada una de las obras para ver la evolución de este tipo de entretenimiento bufonesco hasta la culminación: la identificación de las figuras del pícaro y el bufón en la persona de Estebanillo.

En el primer capítulo dedicado a esta evolución Roncero se fija en que el humor es un componente fundacional de la novela moderna, encontrándonos en ella más la risa plebeya que la risa eutrapélica. Es necesario advertir, como hace muy bien Roncero, que el lector de la época se caracterizaba por su insolidaridad e inhumanidad porque se reía de los males, los sufrimientos y las humillaciones constantes del pícaro. En este sentido, nuestra recepción de la obra es diferente ya que según Elías se ha producido un proceso de civilización. Las desventuras que en otras épocas eran risibles, ahora, en nuestro tiempo, pueden producir cierta repugnancia. Pero hay que tener en cuenta que las novelas picarescas son reflejo de un tiempo y una sociedad, sus valores y su violencia y la humillación pública del pícaro serán uno de los pilares esenciales y constantes en estas obras. Incluso «la escatología se convierte en un arma denigratoria empleada contra aquellos seres inferiores que han infringido las normas de la conducta social» (60).

Los críticos siempre se han interesado por el humor desplegado en *El Lazarillo*, pero solo tres estudiosos han alcanzado a darse cuenta del tipo de humor empleado por el autor de la obra: es la risa plebeya como han notado Francisco Márquez Villanueva, Valentín Núñez y Victoriano Roncero. Este humor popular queda reflejado en la tradición bufonesca que impregna toda la obra: Lázaro es un bufón de «Vuestra merced» dentro del modelo de carta petitoria. En el fondo, Lázaro quiere hacer pasar un buen rato al poderoso «Vuestra merced» contándole sus aventuras (bufonadas), no habiendo ninguna incompatibilidad entre la risa y la intencionalidad crítica que muestra la obra. Lázaro se compara con todos los demás, rebajando socialmente a todos porque, al final, todos son tan pícaros y honrados como él y su mujer. En el fondo se nos describe un *cursus honorum* burlesco caracterizado por la inversión de los valores tradicionales de la sociedad: un nacimiento oscuro, unos antecedentes familiares manchados (padre ladrón y posiblemente morisco y madre prostituta), unos oficios degradantes y bajos y, finalmente, un matrimonio desventajoso e infamante.

Este humor bufonesco se caracteriza por las burlas y la violencia física como se puede ver en las aventuras con el ciego, donde los bufones necesitan toda su habilidad e ingenio para engañar al rival. Lázaro, al principio magullado y herido, ríe las gracias del ciego contando sus desventuras, pero pronto se va a establecer una guerra cruel entre los dos ingenios con la intención de burlarse y humillar al otro. Este humor plebeyo también contempla como característicos otros elementos: por ejemplo, la escatología (se puede ver en el episodio del vómito en la cara del ciego) o la importancia que tiene la comida y bebida, en este caso el falta de alimentos, porque el hambre desarrolla la astucia del protagonista y es utilizado como recurso para entretener a los lectores y en concreto a

«Vuestra merced». Lo mismo ocurre con el tema de la honra. Los bufones debían reírse de aquellos valores más apreciados por sus señores y por la sociedad en la que se encontraban y uno de los valores supremos de aquella sociedad era el honor. *El Lazarillo* muestra distintas maneras de burlarse de esta obsesión: por ejemplo a través de escudero que se muere de hambre por mantener las apariencias o incluso con su propia situación marital. De hecho, esta novela puede ser considerada como un *encomium cornuum*, causando risa la negación de un hecho que todos conocen y nadie puede negar: que su mujer es la amante del clérigo.

En definitiva, apreciamos que la primera «novela picaresca de la literatura española convierte la risa, una risa de orígenes bufonescos, en componente fundamental del nuevo género literario, de la novela moderna, tal y como lo entenderán casi cincuenta años más tarde Mateo Alemán y Miguel de Cervantes» (95).

Estos rasgos prototípicos y enunciados en la primera novela picaresca aparecerán en el resto de textos analizados. El *Guzmán de Alfarache* destaca porque Roncero ve una teorización sobre la risa y una contradicción entre los modelos que defiende y la práctica que ejerce. En principio, la obra aboga por la presencia de un humor que atraiga y entretenga al lector, pero el deseo de llevar a cabo una risa eutrápica y moderada queda pronto traicionado. El mundo de la picaresca es un mundo marginal porque el lector se entretenía con los golpes y la humillación constante que recibía el pícaro. Y este pícaro se va identificando cada vez más con la figura del bufón; de hecho, *El Guzmán de Alfarache* teoriza sobre la figura del bufón en el capítulo segundo de la segunda parte en la que se describe la estancia del pícaro al servicio del embajador francés. Mateo Alemán realiza una taxonomía de los bufones que clasifica en naturales y fingidos y son muy útiles en las cortes para comunicar ciertas verdades incómodas a sus señores que nadie más se atreve a enunciarlas, como ya explicaba Erasmo. Guzmán aprende que debe tener un gran conocimiento de los sucesos cotidianos de la corte y de las personas, teorizando también sobre el tipo de bromas que se pueden ver en la corte: a) aquellas en las que el burlador triunfa o fracasa; b) aquellas en las que tanto el burlador como el engañado sufren la broma y c) aquellas bromas que utilizan la risa eutrápica.

El siguiente capítulo analiza con detalle *La pícara Justina*. Como era de esperar, el personaje comparte muchas características con las obras anteriormente analizadas (origen degradante, falsas pretensiones finales...). Pero Roncero se fija en el tipo de público al que va destinado esta obra: su propósito esencial es la de divertir a la aristocracia. Desde esta perspectiva del humor bufonesco, Roncero aclara algunas posturas críticas que defienden que el propósito esencial de la obra es la reforma y la crítica hacia ciertas casas nobiliarias. El bufón es un personaje despreciado y humillado por las clases dirigentes en esa época, pero vive empotrado dentro del sistema, por lo que no tiene ninguna intención reformadora, ya que pertenece al *establishment*. Puede tocar todos los

temas prohibidos y se gloria de elementos que los demás esconderían, pero no tiene intención de cambiar la situación porque también obtiene mucho provecho de su posición privilegiada cercana al poder. En cuanto a la relación de esta obra con don Rodrigo Calderón, Roncero defiende que la novela no está escrita contra nadie sino con la intención de provocar en sus lectores aristocráticos la risa de una serie de prácticas y personajes de la época (162) y uno de los temas de los que más se burla es la obsesión nobiliaria de la sociedad. La pícara Justina procede de unos orígenes manchados, pero defiende que en el fondo los nobles también engañan a la sociedad ya que todos proceden de ancestros poco limpios en última instancia: el pueblo judío.

Este humor bufonesco queda en la práctica determinado por la utilización de unas animalizaciones descriptivas degradantes que forman retratos en los que la técnica utilizada es la formación de un conjunto mediante la unión de diferentes partes muy distintas. Este tipo de humor queda también caracterizado con la utilización de un tipo de recursos groseros y en ocasiones muy agresivos. Un ejemplo estaría en las descripciones macabras de las muertes de los progenitores de la pícara, donde la degradación puede llegar a límites repugnantes para un lector de nuestra época, pero que servirían de entretenimiento a los lectores aristocráticos a los que va dirigido el texto. Dentro de estos recursos groseros, deberían tenerse en cuenta también elementos escatológicos que se han comentado anteriormente.

Muy interesante es también el estudio del humor y la construcción de los personajes en la novela picaresca *El Buscón* de Quevedo (185 y ss.). En este caso, el autor de este trabajo insiste en señalar que las intenciones de Quevedo eran políticas: advertir a la sociedad de los peligros en los que se hallaba por la ascensión social de ciertos individuos. Quevedo debió pensar que la mejor manera de transmitir sus ideas era por medio del humor, ya que la risa bufonesca implicaba un importante correctivo social, humillando a un bufón (Pablos) que en realidad es un fante cuyo hilos mueve el propio escritor. La risa barroca, plebeya y agresiva, queda entonces convertida en una columna que sustentaba el edificio social del conservadurismo quevediano. Todo está planeado para humillar públicamente al bufón Pablos que intenta por medios ilegítimos ascender socialmente: sus orígenes (como el de sus antepasados picarescos) son manchados, sus aventuras acaban en la humillación pública (recuérdese la batalla nabal, sus estancia en la Universidad de Alcalá y las novatadas que ha de sufrir, el encuentro con su tío, Alonso Ramplón, en Segovia, el cortejo con diferentes damas que le llevan a continuas humillaciones públicas hasta que acaba en su posición natural: la de un marginado perseguido por la justicia). En definitiva, «Quevedo decidió crear su “fante de hilos”, Pablos, como personificación de ese grupo inferior al que debía ridiculizar, humillar para evitar la ruptura del sistema estamental que empezaba a hacer aguas en la España de principios del siglo XVII» (242).

El último capítulo se dedica al análisis de la novela *Estebanillo González*, donde la unión entre el pícaro y bufón es completa. Comienza analizando la intención del autor cuyo objetivo es doble: por un lado, regalar entretenimiento a la nobleza con un libro que intenta divertir a los lectores de la época y, por otro, comunicar ciertas verdades al poderoso como, por ejemplo, señalar la corrupción existente en ciertos niveles de la administración y la venalidad de la sociedad. Pero además, resulta ser una parodia de la literatura de soldados: el bufón cuenta sus hazañas burlescas para conseguir la fama. Una fama un tanto peculiar porque su historia estará caracterizada por la cobardía y la bufonería. Sin embargo, Roncero advierte que las críticas de Estebanillo son ligeras y no van contra el sistema ni las clases gobernantes, siendo estas bromas una válvula de escape en cortes de etiqueta tan rígida como la de los Austrias.

Uno de los aspectos que llaman la atención es la afición al vino que caracteriza al personaje. No es un elemento nuevo si recordamos los ejemplos de Lázaro, la de Pablos y la cena en casa de su tío y si tenemos en cuenta ejemplos como el del histórico bufón Perkeo. Este elemento permite describir situaciones caóticas, duelos burlescos, espectáculos ridículos cuyo objetivo es el de provocar la risa del lector. En todos estos pasajes, el bufón es visto como un objeto, como un animal de compañía y nunca como un ser humano. Por eso, en muchísimas ocasiones el rasgo que domina es el de la animalización, tanto para describir las acciones del propio bufón como la de los otros personajes con los que tiene que combatir. Se describe, por lo tanto, un mundo de violencia extrema en el que el bufón debe sobrevivir y aceptar la violencia ejercida contra él como un gaje más del oficio.

Para concluir, debemos decir que el profesor Victoriano Roncero ha escrito un magnífico libro en el que analiza la evolución de cien años de literatura picaresca a la luz de uno de sus recursos esenciales: el humor. Una risa que no es la eutrápica defendida por los teóricos y filósofos, sino caracterizada por la carcajada plebeya humilladora y agresiva. Como muy bien defiende en algunos lugares el autor, «Los escritores cultos que escribían estas novelas no veían el menor inconveniente en “apoderarse” de estos rasgos de humor más “popular” en sus obras, como una clara muestra de que la línea de separación entre lo culto y lo popular era muy ténue y fácilmente franqueable, frente a lo que había manifestado Bajtin» (136). Creo que es exactamente lo que ocurre en los siglos XVI y XVII, lejos todavía del proceso civilizador que se vivirá a partir del XVIII.

J. Enrique DUARTE
Universidad de Navarra-CRISO